

—No perdamos los instantes: entremos: no faltará en los pasillos algun amigo que se digne servirme de padrino.

En aquel momento llamaron á la puerta: Rossi recibió la contraseña, y abrió.

—Buenas noches.

Dijo penetrando en el espacioso zaguan el que habia llamado, y que vestia el traje con que iban aquella noche los socios.

—Cárlos reconoció en la voz á uno de sus mas leales amigos, y le habló algunas palabras en secreto, á las que el nuevo personaje contestó con una señal afirmativa. Entonces el hermano de Pilar, dirijiéndose á Rossi, le dijo:

—Vamos.

Y los cuatro se dirijieron al cuarto en que Enrique encontró muerto á Cárlos.

Allí, seguros de no ser sorprendidos, y á presencia de los padrinos, cruzaron sus espadas luchando con indecible arrojo y maestría, hasta que la suerte, favoreciendo á Rossi, hizo que Cárlos cayese sin vida á los piés de su implacable enemigo.

CAPITULO VIII.

¿Será ella?

En tanto que la hermosa Pilar se ve arrebataada por el hombre que ha jurado poseerla á toda costa, y marcha D. Andrés hácia otros países sin sus queridos hijos, únicos apoyos con que contaba en su vejez y su destierro, D. Antonio se encontraba desterrado en uno de los pintorescos pueblecillos de indios que se levantan á orillas del canal que une los dos grandes lagos de Chalco y de Texcoco, que embellecen el frondoso, exuberante y espacioso valle de México.

Este pueblecillo es Ixtacalco, que viene de las voces *ixtla calli*, que significa *casa*

blanca; pintoresca mansion llena de vida y de poesía, cubierta de árboles y flores, descansando sobre el apacible lago, como una sirena de resistible atractivo en medio de las azules ondas de un mar en calma; pueblo que no ha perdido el tinte original de sus primitivos tiempos; pueblo que conserva en todo su vigor aquella agricultura sencilla, pero adelantada, que llenó de asombro á los guerreros españoles, que, no cambiando sus hazas en el viejo mundo, buscaron otro nuevo, vírgen y espacioso donde eternizarlas.

D. Antonio vivia en este ameno sitio, mas tranquilo y mas contento de lo que hubiera estado en una de las muchas y buenas ciudades en que abunda aquel país: allí, al menos, sabia que estaba casi á las puertas de la capital en que respiraba la mujer que amaba: un indio salia casi todas las mañanas muy temprano en su canoa y bajaba á la ciudad para entregar á Pilar alguna carta amorosa, y volvia á las cuatro horas con la anhelada respuesta y algunos periódicos que D. Antonio leia con indecible afán. Su

carácter dulce y servicial le habian conquistado el cariño de todos los habitantes de aquel pueblecillo, en que no oia mas que el ruido de las ligeras chalupas que se deslizaban por el estrecho canal, y el canto de los pájaros de brillante plumaje que, cual errantes flores, cruzaban de rama en rama entonando himnos al Autor de la naturaleza. Al pasar por las chozas de los indios, los hijos de éstos, que desnudos jugaban á la puerta, llamaban á sus padres que se asomaban para saludar con respeto al benévolo médico que les curaba sus dolencias sin retribucion de ninguna clase.

D. Antonio vivia en este pueblo de indios como un buen padre en medio de sus amorosos hijos. Las chozas de todos estaban abiertas para él, de la misma manera que se abren para el jefe de la familia; y cuántas veces, en sus proyectos de ventura, pensó que en ninguna parte podria ser mas feliz con su amada Pilar, que en medio de aquellos sencillos habitantes que descono-

cian el dolo y las intrigas, la enconosa política y la bastarda ambicion.

Sin duda el lector extrañará que califique yo de sencillos y pacíficos á los indios, despues de la pintura que de ellos nos hacen muchos novelistas y viajeros, los cuales los presentan con los rostros pintorreteados, con flechas, arcos y plumas en la cabeza. No hace mucho que leí un libro, apreciable por otros títulos, donde el héroe era un indio de uno de los pueblos de México, y al cual le presentaba el autor ni mas ni menos que como podría presentárnoslo al desembarco de Hernan Cortés. Este es un error nacido del ningun conocimiento del país que describen, y el cual me creo en la obligacion de desvanecer, para que el lector tenga una idea cabal de lo que en realidad son los indios, y no viva engañado con narraciones inexactas.

Esta aclaracion, ademas de ser de suma utilidad para aquel que desee conocer la índole de los pueblos, servirá tambien para que fijemos mas y mas la atencion en el gé-

nero de vida que haria en sitio tan pacífico, el novio de la simpática Pilar.

Es innegable que aquella raza indómita y guerrera, que tan obstinadamente luchó contra las fuerzas aliadas del intrépido Hernan Cortés; aquella raza que contaba entre sus emperadores con hombres del temple de Guatimoc, que sufriendo con heroicidad el tormento del fuego, y sintiendo abrasarse las plantas de sus piés sin exhalar un gemido, solo despegó sus labios para decir á uno de sus guerreros que se quejaba: *¿estoy yo acaso sobre una alfombra de rosas?* Es innegable, repito, que aquella valerosa y arrogante raza, ha degenerado completamente. A la intrepidez, arrojo y patriotismo que entonces desplegaron los hijos de aquella encantadora region, han sucedido la humildad, la timidez y la desconfianza. Al tornarse de conquistadores en conquistados, debieron sentir sin duda tanto el dolor que experimenta el valiente de verse vencido, que el desaliento y la tristeza forman sin duda los poderosos agentes que operaron ese cambio repentino que se notó en el

desde los primeros años de la conquista. Se creyeron superiores á todos los pueblos; y al perder su libertad, desapareció el encanto que les prestaba aliento y brío; se desvaneció la dulce ilusion que los alimentaba, y viendo que hasta sus dioses eran inferiores al Dios que luchaba contra ellos, se entregaron á esa desesperada indiferencia en que cae el hombre cuando llega á convencerse de la incurabilidad de sus males. Mientras creyeron en sus tradiciones, mientras tuvieron á su lado valientes emperadores que los condujeron al combate; mientras creyeron en el poder de sus dioses y en la influencia que con ellos ejercian los sacerdotes, lucharon con una constancia que asombró al mismo Hernan Cortés. Pero cuando viéndose vencidos llegaron á persuadirse de que sus tradiciones descansaban sobre una base falsa; cuando vieron aherrrojados á sus emperadores casi divinizados por ellos hasta entonces; cuando se persuadieron de que sus deidades eran impotentes, y que sus sacerdotes carecian del influjo divino de que los creian revestidos,

cayeron en ese abatimiento que cambia la naturaleza del hombre, y que es el virus mortífero que inocula á las generaciones que van á sucederle.

Hé aquí, á mi juicio, la causa de ese cambio que se nota entre la raza primitiva india y la presente. Podré muy bien equivoarme; pero en mi concepto, no reconozco otro origen esa transicion violenta que se operó en el antiguo imperio azteca.

Comparemos hoy el carácter de los indios de esas tribus nómades y salvajes que caen como un torrente sobre las provincias de Durango y Zacatecas, arruinándolas y devastándolas, con el carácter del indio que admitió el influjo de los conquistadores, y veremos que los primeros son arrogantes, valientes, robustos, sufridos, astutos y altaneros, á la vez que el segundo es sumiso, débil, apocado y falto de energía.

La independencia es á las naciones, lo que el sol á las plantas; necesitan de su fuego vivificador para que no se hiele la raíz que las nutre y fortalece. Verdad es, que los indios han recobrado su independencia

desde que México se emancipó de su metrópoli; pero á las sociedades que perdieron una vez su libertad, les acontece lo que á las flores arrancadas del pensil en que crecian libremente, y que se colocan en brillantes bombas de cristal dentro del retrete de alguna hermosa; extrañan las brisas puras de la campiña y crecen débiles; y cuando vuelven á ser colocadas en el lugar de que fueron arrancadas, se encuentran ya tan lánguidas, que nada puede prestarles su pasada galanura.

Los reyes españoles vigilaron con un amor verdaderamente paternal, desde los primeros años de la conquista, por la conservacion y bienestar de los indios; y las leyes de Indias son un monumento que honrará siempre á nuestros monarcas. Empero, estos cuidados, dignos por cierto de elogio, podian considerarse como los que prodigan los botánicos de la helada Rusia á las plantas de países cálidos, que crecen sin fuerza en los invernáculos en que las han colocado.

Los indios habian cambiado, no por grados, sino de repente, de religion, de creen-

cias, de costumbres, de trajes, de Dios y de ceremonias: vieron naufragar su imperio en la sangre vertida por los intrépidos guerreros que lo defendieron, y levantarse otro sobre la roja espuma, como se levanta un bajel sobre las mismas olas que acaban de sepultar en su seno otra velera embarcacion que poco antes se deslizaba serena sobre el húmedo elemento; vieron suceder á sus *teocalles*, magestuosos templos católicos; á sus queridos penates, las imágenes de los santos; á sus arraigadas costumbres, otras nuevas que habian importado de Europa sus dominadores; y al cambiar de posicion social, cambiaron tambien de carácter y hasta de fisonomía, que hasta allá se extiende el influjo que ejerce la fuerza moral sobre la física.

Los indios tienen la tez cobriza, largo, negro y lacio el cabello, que muchas veces lo llevan trenzado con cintas de colores; junta y poblada la ceja; nada de patilla; y escaseos el bigote y la perilla; son bien formados; sueltos y ligeros; tienen ojos grandes, vivos y negros; gruesos labios y encen-

didos, nariz chata y dientes blancos como el marfil. El traje que usan es: pantalón poco largo de gamuza, abierto por los lados, que llaman *calzoneras*, sostenidas por un ceñidor ordinario; sombrero de petate de anchas alas; sandalias ó *guaraches*, como dicen los indios, sujetas al pié, que lo llevan sin media, por medio de ligeras correas de cuero; camisa de algodón que hace á la vez los usos de chaqueta, y una frazada de poco valor, hecha por ellos, que desempeña los oficios de capa, de colcha, y con frecuencia de sofá.

El indio es excesivamente dócil, humilde y servicial: á estas bellas cualidades que lo recomiendan, reúne otra no menos importante, su respeto profundo hácia la raza blanca, y muy particularmente á las personas que en su fisonomía revelan un fondo de alma compasivo. No una, sino mil veces he visto á los indios de ambos sexos, acercarse á personas que juzgan virtuosas, y poniéndose de rodillas, pedir que les echen la bendición, y no retirarse hasta haberla alcanzado, conseguido lo cual, besan la ma-

no del que les ha bendecido, retirándose llenos de regocijo.

Esta humildad y este respeto hácia la gente blanca, hacen del indio un buen criado, un ciudadano pacífico y un excelente soldado que sabe morir donde sus jefes le mandan.

La comida del indio es sumamente frugal, pues se reduce á *frijoles* (judías) *chile*, (pimiento) y á un poco de maíz molido de que hace *tortillas*, que es el pan que consumen: sus casas son débiles chozas construidas por ellos mismos, y su placer favorito las funciones religiosas, como el día destinado á festejar el santo del pueblo.

Los indios son altamente supersticiosos; creen en brujas, y evitan el que ciertas personas, que están designadas como poseídas de espíritus malignos, los miren, porque dicen que hacen ajojo, esto es, que con solo fijar la vista en cualquier objeto, lo rompen si es inanimado, y lo enferman para siempre si es animado.

Entre esta clase, pues, sencilla, humilde y servicial, vivía D. Antonio, el apasionado

amante de Pilar. Dotado, como hemos tenido lugar de conocerlo, de una alma noble á todas luces, y sin otra ambicion que la de alcanzar la mano de la mujer única que habia hecho latir su corazon de amor, su pensamiento estaba dominado continuamente por una sola idea; la de volver al lado del ángel de sus ensueños, en quien residia su eterna felicidad.

Hombre de claro talento y que apreciaba en su justo valor la grandiosa mision que está llamado á llenar todo el que abraza la honrosa profesion de médico, los ratos que robaba al recuerdo de su cariño, los dedicaba al análisis de varias yerbas desconocidas que aumentarían los recursos de la ciencia.

Su habitacion, situada á orillas del estrecho canal, y enfrente á las floríferas chinampas que, en número infinito, descansan sobre el tranquilo lago como otras tantas islas encantadas, disfrutaba de una vista la mas deliciosa que la imaginacion del mas fecundo poeta pudiera concebir.

Generalmente pasaba D. Antonio la mayor parte del dia en un sencillo, pero poé-

tico mirador que sobre la azotea de la casa se elevaba, dominando el espacioso valle de México, desde donde veia, casi perdiéndose en el horizonte, los suntuosos edificios de la gran ciudad en que residia la bella mujer que amaba.

Desde que salia el sol, subia á aquel sitio, escribia alguna sentida carta para Pilar, que la enviaba en seguida con el indio que á su servicio tenia; y mientras llegaba éste con la contestacion, se entretenia en leer los periódicos, para ver si decian algo de la expulsion de los españoles que se esperaba de un momento á otro, y que él temia por no ver salir del país á las personas que debian formar su familia.

El dia en que nos encuentra nuestra historia, se habia levantado una hora antes de la de costumbre: un secreto presentimiento de que le iban á separar de la mujer que amaba, le habia impedido consiliar el sueño en toda la noche. Atormentado con esta funesta idea, escribió una esquela corta, pero expresiva, á su amada; llamó al indio que entró con unos periódicos que colocó

sobre una mesita redonda, le entregó cerrado el papel, y le encargó volviese lo mas pronto posible. El indio obedeció; preparó su ligera chalupa, y se puso en camino para la capital.

D. Antonio, deseando apartar de la memoria el alarmante pensamiento que le atormentaba, cogió uno de los periódicos que habia llevado el criado, rompió la faja en que estaba puesto, y se puso á leer las noticias de mas interés. De repente se le vió palidecer á la vista de un epígrafe que en cabeza un párrafo.

—¡Dios mio!—exclamó fijando los ojos en los renglones que le habian alarmado.— ¡Se realizará mi terrible presentimiento? ¡Ah!... leamos.

Y sin detenerse un instante, y con la avidez del que espera la realizacion del asunto mas importante de la vida, leyó lo siguiente: "Expulsion." Hoy al rayar el día han salido de la capital para embarcarse en Veraacruz, varias familias de españoles, entre las cuales se cuenta la de D. Andrés Moncada."

—¡Qué veol—gritó sin querer leer mas, y arrojando el papel de las manos—¡les han obligado á salir sin darles tiempo de que me lo escribieran?... ¡Me arrebatan la mujer que amo!... ¡me separan de ella.... ¡No: eso es imposible!... Es preciso que yo vea á las personas de mas influjo con el gobierno, que les suplique, que les ruegue, que gaste toda mi fortuna, si es preciso, para alcanzar la excepcion de D. Andrés, para que no salga del país la hermosa jóven que era el bello ideal á que se encaminaban todas mis aspiraciones!....

Y D. Antonio se paseaba á largos pasos por la pieza, como un demente.

—Pero ¡cómo apersonarme con ellas?—añadió luego deteniéndose abatido en medio de la estancia.—¡Cómo abandono este pueblo en que estoy bajo mi palabra de honor? Quebrantar mi destierro seria faltar á mi deber de caballero: echar una mancha sobre mi honra.... ¡Ah!.... no; jamas....

Y sin poder resistir á la lucha interna del amor y el deber que disputaban despóticas

la absoluta posesion de su alma, se dirigió á la parte del mirador que daba al canal, y fijó los ojos en las últimas ondas que murmurando se acercaban á México, para ver si volvía de la ciudad el fiel indio que habia partido en la chalupa. Però aunque descubrió sobre la brillante cinta de plata que forma el pintoresco lago, multitud de canoas que subian y bajaban en ordenada confusion, no veía entre ellas la ligera embarcacion que esperaba con angustioso afan.

—¡Ah!.... ¡yo me voy á morir de impaciencia!...—volvió á exclamar con el acento de la desesperacion.—¡Cada momento que pasa es una eternidad que me aleja de la mujer que amo!....

Y abrumado con el peso de su fatalidad, se arrojó de pechos sobre la barandilla del mirador, quedando á poco abismado en un revuelto mar de reflexiones.

En aquel mismo instante se acercaba una canoa conducida por dos robustos remeros que bogaban á toda prisa.

En la popa de esta canoa, iba sentada una mujer que cubria su rostro con un rico

pañolon de Manila, llamado *tápalo* en México.

A su lado marchaba un hombre, observándola sin cesar, pero en el mas profundo silencio.

De pié, y junto á uno de los remeros de proa, se encontraba otro pasajero, de aspecto imponente que, cruzado de brazos, se entretenia en contemplar la rapidez con que cruzaban el estrecho canal.

El que iba junto á la tapada, apartó la vista un instante de ella, y la dirigió hácia el campo y los objetos que le rodeaban. De repente quedaron sus ojos fijos en un sitio; se pintó en su semblante la sorpresa; permaneció otro instante mas, mirando el objeto que le habia llamado su atencion; en seguida se puso en pié; y dirigiéndose á donde estaba el que marchaba en proa, le dijo en voz baja, cuidando de que sus palabras no llegasen al oido de la encubierta.

—¡No es D. Antonio aquel que está asomado al mirador?

El hombre á quien se hizo la pregunta,

fijó la vista en el sitio que se le indicaba, y contestó con el mismo misterio.

—Sí señor, es él.

—No deja de ser un contratiempo.

—Pero terrible.

—¡Y yo que no me acordaba de ese hombre!

—¿Qué resuelve vd. hacer?

El primero solo necesitó reflexionar un instante, tras el cual brilló en su semblante y en sus ojos la alegría.

Su interlocutor, que no perdía ni la mas imperceptible gesticulación, leyó en su rostro la concepción de algun feliz pensamiento, y le dijo:

—¿Ha discurrido vd. algo?

—Sí, escuche vd.

Y le dijo al oído algunas palabras que el otro escuchó con la mayor atención.

—¿Me ha comprendido vd?

Añadió luego en voz un poco mas alta.

—Perfectamente.

—Pues no hay que perder tiempo: ejecútese vd. cuanto le he dicho, mientras nosotros

avanzamos, y despues tomaré vd. otra canoa para alcanzarnos.

—Lo haré así.

—Atraquen vdes. á la orilla para que salte el señor.

Dijo á los remeros el pasajero que acababa de comunicar al otro sus órdenes.

Los remeros obedecieron en el acto: el hombre saltó á tierra, y penetró, corriendo en el zaguan de la casa que habitaba D. Antonio.

—Ahora continúen vdes. remando á toda prisa.

Volvió á decir el que quedaba en la canoa: los remos empezaron á batir el agua, y él se fué á sentar junto á la tapada, manifestando la mayor tranquilidad.

El amante de Pilar que habia permanecido engolfado en sus tristes reflexiones, salió de repente de ellas al escuchar el ruido de los remos: fijó la vista en el hombre que acababa de sentarse junto á la mujer encubierta, y sin ser dueño de reprimir su sorpresa, exclamó en alta voz, y espritió en

do en su acento todo el asombro de que estaba poseído.

—¡Es Rossi!

El hombre que le había arrancado aquellas palabras, las oyó distintamente, y alzando la vista hacia el mirador, y asomando á su rostro una insultante sonrisa, contestó.

—El mismo, D. Antonio.

A este nombre, se estremeció violentamente la joven encubierta: iba á despojarse del manton que encubría su faz, para ver al joven médico que no acertaba á comprender lo que le pasaba, pero desistió temblando de su intento, cuando oyó que Rossi le decía en voz baja.

—Una imprudencia cualquiera de parte de vd. le costará á ese hombre la vida.

Una exclamación de terror que fué á herir el oído de D. Antonio, conmoviendo su corazón de una manera íntima, inexplicable y profunda, se escapó de los labios de la joven que, sin poder resistir á la opresión aguda de los afectos, dejó caer sin fuer-

zas su cabeza sobre la obra muerta de la canoa.

—¡Pilar!....

Gritó fuera de sí D. Antonio, creyendo descubrir en aquella exclamación el acento de su amada, y arrojándose á la puerta de la escalera para bajar inmediatamente. Pero ¡oh fatalidad! por más esfuerzos que hace para abrirla, no consigue su objeto: la puerta está cerrada por fuera; el hombre que saltó de la canoa, no había entrado á la casa con otro objeto que con el de impedirle la salida.

—¡Me han tendido un lazo!

Gritó luego desesperado, dejando la puerta y volviendo á asomarse al canal para insultar á Rossi. Pero para entonces la canoa había desaparecido, y D. Antonio rugió como un león á quien aprisionan, arrebatándole su dulce compañera.

El hombre que había saltado á tierra, salió en aquel momento de la casa del desesperado amante, y se dirigió á la del alcalde.

—¡Ah!.... ¡Es preciso que yo arroje al

suelo esa puerta, y que los siga inmediatamente!....

Volvió á decir D. Antonio, dirigiéndose de nuevo hácia la escalera, y haciendo inauditos esfuerzos para allanar aquella barrera que se oponia á su paso.

—¿Quién da esos golpes?

Gritó una persona que en aquel instante subia apresuradamente la escalera. El enamorado médico reconoció en la voz al indio que habia enviado con la carta, y contestó:

—Soy yo á quien han encerrado: abre aprisa.

El indio dió vuelta á la llave, y se presentó en la pieza, quitándose el sombrero.

—¿Qué noticias traes?

—Malas, muy malas, señor amo.

—Pero ¿cuáles? no te detengas.

—Que el señor D. Andrés ha salido para España.

—¿Y Pilar?

—La señorita Pilar....

Y el indio se detuvo; pasando la mano

por las alas del sombrero, sin atreverse á contestar categóricamente á la pregunta.

—¡Acaba!

Gritó impaciente D. Antonio al notar la irresolucion del indio.

—Pues no quisiera yo dar un disgusto á su merced, señor amo.... —Y el indio se detenia en cada palabra dando vueltas al sombrero, y D. Antonio se impacientaba—pero la señorita Pilar.... que era tan *guena*....

—¿Concluirás?

—No ha ido con su padre.

—¿Cómo!

—Porque *jué* robada anoche.

—¿Dios mio!.... ¡era ella!...—exclamó el enamorado jóven, bajando la escalera precipitadamente.—Vamos á la canoa.

—¿Pero á dónde *quere* ir su *mercé*, señor amo?

Contestó el indio siguiendo á D. Antonio.

—Despues te lo diré; pero salgamos ahora de este pueblo.

—¿Pero no ve su *mercé* que entonces será *pior*, porque le encerrarán á su *mercé* como

si *juera* verdaderamente *cospirador*, y será mas difícil que la *jaye*?

—¿Y qué me importa todo, si logro hoy arrancarla, como la arrancaré, de las manos de Rossi? Partamos.

Si se empeña su *mercé*, no replico.

Don Antonio se preparaba á salir á la calle, cuando fué detenido por tres indios armados que custodiaban la puerta, y que fueron conducidos por el agente de Rossi.

—¡Atras!

Dijo el centinela tendiendo el fusil con la bayoneta calada.

Don Antonio retrocedió admirado.

—Pero ¿quién les ha dado á vdes. órden de que no me dejen salir?

—El señor alcalde.

Contestó el que hacia de cabo.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—Le prometo á vd. volver dentro de un instante.

—No puede ser—añadió el cabo con severidad:—yo no puedo faltar á mi consigna.

Don Antonio se mordió los labios con de-

sesperacion; volvió á subir la escalera; entró en el mirador; se dejó caer sobre una silla, y permaneció en silencio. con las manos puestas en el rostro, por un gran rato: junto á la puerta, y con el sombrero en la mano, se quedó el indio mirándole con cariñosa compasion, y maldiciendo el nombre de Rossi, que tantos males habia causado á personas tan buenas y recomendables.

Una canoa partia en aquel instante á alcanzar á la del sardo.

Era la que conducia al ejecutor de sus instrucciones.